



Beatriz Berrocal

ALUCINA  
PEPINILLOS

© 2023, Beatriz Berrocal Pérez

© 2023, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-125526-3-8

Depósito Legal: M-18911-2023

Realización gráfica: Laura Morales Balza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

## LAS PRESENTACIONES

Este curso vino un maestro nuevo a la escuela.

A veces, en los pueblos no hay niños suficientes para hacer una clase de cada curso y, entonces, lo que se hace es juntar a todos en una sola clase (o en más, si hay niños). Ese es nuestro caso: una escuela rural con una sola clase a la que vamos niños y niñas, pero de distintos cursos. Y siempre con la misma maestra.

Con lo bien que estábamos con doña Fernanda –que, además de no ver casi nada, se había quedado sorda como una tapia–, va y se jubila. No entiendo por qué.

Si ya es fastidioso empezar el curso después de casi tres meses corriendo por la calle, todo el día a nuestra bola, encima hay que estrenar maestro; no me digas.

«Poned buen gesto para recibirlo», dice mi madre. Sí, hombre, lo que faltaba. Se nos ha quedado a todos

un careto cuando hemos llegado y nos lo hemos encontrado ya en la clase...

Podía haber tenido el detalle de llegar tarde el primer día; pero no, llegó antes que nosotros. Y claro, eso descoloca, porque con doña Fernanda nos daba tiempo a jugar media hora por lo menos antes de que llegase ella. Y si ahora no va a ser así, ¡menuda gracia!

–Buenos días –dice muy serio–. Como ya os habrán informado, desde hoy soy el maestro de esta escuela. Así que vamos a pasar juntos unos cuantos meses, que espero que sean positivos tanto para vosotros como para mí.

No decimos ni mu; nos lo quedamos mirando sin más.

Es mayor. Tiene por lo menos veintitantos años. Doña Fernanda era anciana, sí, pero molaba. Este no.

–¿Cuándo vuelve doña Fernanda? –pregunta mi hermana, que por más que se lo he explicado no se entera.

–Bueno..., ella ahora está descansando y no va a volver.

–¿Se ha muerto? –dice Píter.

–¡No, no! Me refiero a que ahora no trabaja, porque ya ha trabajado mucho y tiene que descansar.

–Tú no *guta* –le dice Paquín, el del alcalde, entre un lloro y otro. No tiene ni tres años y hoy es su primer día de escuela. No lo veo yo muy contento, la verdad.



–En fin, creo que lo mejor que podemos hacer es presentarnos para irnos conociendo. Yo me llamo Alex y, como os decía, soy vuestro tutor este curso. Hay otros profesores que vendrán algunos días a daros Educación Física, Inglés, Música o Religión, pero yo estaré todos los días.

–Pues vaya rollo –se oye por el final.

–Ahora quiero que vayáis diciendo vuestro nombre para que yo también pueda conocerlos. A Francisco me lo acaba de dejar aquí su madre, así que ya estamos presentados.

–¿Francisco? ¿Quién es Francisco? –pregunto, muy extrañado.

–¡No se llama Francisco! –dice Píter–. ¡Es Paquín, el del alcalde!

A todos nos da la risa. Mira que llamarle Francisco a alguien tan pequeño...

–Bueno, en la calle será Paquín, pero aquí es Francisco.

Pues lo lleva claro como piense conocernos por nuestro nombre verdadero, porque en el pueblo todos somos: «el de Juan, el Largo», «el de Clara, la patatera», «el de Lucas, el guardia».

–Venga, hagamos las presentaciones. A ver, tú. ¿Cómo te llamas? Ponte de pie para que te veamos todos.

Me dice a mí.

–¡A este ya lo tenemos muy visto! –dice el Nublao partiéndose el pecho de la risa y haciendo reír a todos.

–Yo no, así que vamos a dejar que se presente y a respetarle todos mientras habla.

Huy, huy, huy. Como intente enseñarnos modales, mal vamos. Ya lo veo venir: este quiere educarnos y convertirnos en señoritos. Pues eso aquí no cuela.

–Vamos, hombre, yo ya me he presentado; ahora os toca a vosotros.

Se acerca a mí y yo me separo, por si acaso; pero como me sigue mirando, al final, contesto:

–Me llamo Ortiz y tengo once años. Soy el mayor de la escuela.

–Bueno, Ortiz no te llamarás; ese será tu apellido.

–Da igual, nadie me llama por el nombre; todos me llaman Ortiz. Hasta mi madre me llama Ortiz en casa, así que...

–De acuerdo. Pero, de todas formas, me gustaría saber tu nombre.

–Se llama Roque –dice el Nublao, detrás de mí, mientras se empieza a reír. Luego, como si fuese la gripe, todos se contagian y se empiezan a reír.

–¡A ver, a ver! Un poco de calma. Le estoy preguntando a él, y yo creo que tiene boca para contestar.

–¡Y culo! –se oye. Sé que ha sido Píter.

El comentario provoca que todo el mundo siga riéndose.

–Vamos a ver –dice el maestro, serio del todo–, podemos estar toda la mañana para decirnos los nombres; pero entonces no haremos otras cosas mucho mejores. Vosotros veréis.

Me mira otra vez. Al hacerlo, es cuando respondo:

–Me llamo Ortiz, Roque Ortiz.

Se oyen de nuevo risas que se escapan, de esas que quieres contener pero que no puedes, por lo que terminan saliendo de la boca como pedorretas.

–Muy bien, Roque. Puedes sentarte.

»¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

Mi hermana lo mira con la barbilla pegada al pecho, como si se fuese a comer a sí misma. A su vez me agarra muy fuerte de la pierna. Me parece que el maestro nuevo le da miedo, como a Paquín, que no deja de llorar y de llamar al alcalde. Bueno, él no lo llama «alcalde», lo llama «papá», claro; pero todos sabemos que es el alcalde.

–Es mi hermana, tiene siete años y se llama Sandra. Ortiz también, ya que siempre me copia en todo. Así que, para distinguirla de mí, la llamamos Orticina.

–Muy bien, Sandra. Siéntate en tu sitio, ¿vale?

Encima de que se lo explico, no me hace ni caso.

–A ver, tú, ¿puedes decirnos cuál es tu nombre?

–Sí que puedo –responde el aludido. Y se queda callado. ¡Como para no reírnos!

Lo siento por el profesor nuevo, pero es que lloro de la risa al ver a Moja allí, de pie, mientras el primero espera que le diga su nombre.

–Pues dínoslo, anda.

–Me llamo Moja.

–El nombre real, por favor. Entre vosotros podéis llamaros como queráis, pero aquí me gustaría que utilizásemos los nombres verdaderos.

–Soy Mohamed Anuik, pero todos me llaman Moja. Tengo diez años.

–Muy bien, muy bien. Seguimos, por favor.

–Pues yo tengo nueve años, soy Francisco José Fernández Martínez Urruticoechea Galíndez del Prado. Cuando iba a otro colegio me llamaban Fran, pero como me gusta el fútbol, aquí me llaman Fran-chute, ¿lo entiende? Es por lo de...

–Lo entiendo, lo entiendo, Francisco. Siéntate, por favor.

Franchute es un pelota de cuidado; no sabe qué hacer para caer bien a la gente. Es un *pringao*.

–Yo soy Rosita, y tengo diez años para once.

–¡Mentira! ¡Y gorda! –salta el Nublao–. Se llama Mercedes.

–¿En qué quedamos? ¿Rosa o Mercedes? –protes-

ta el maestro, al que parece que se le está acabando la paciencia.

Pues no le queda nada aquí...

—¿El nombre que me puso el cura, quiere decir?

—Eso es, sí, el que te puso el cura.

—Me puso Mercedes, pero como me gusta tanto el color rosa, todo el mundo me llama Rosita.

—De acuerdo, Mercedes. Puedes sentarte.

Este hombre es raro, raro, raro. No se da cuenta de que, si nos llama por los nombres que nos puso el cura, no nos vamos a enterar ninguno.

—Seguimos. Tu nombre, por favor.

—Pues es que... usted dirá lo que quiera, pero yo prefiero que me llame como todos, el Nublao, porque mi nombre ya casi se me ha olvidado.

Pobrecillo, casi llora. Si es que es normal. Y nosotros aguantándonos la risa. Nos va a dar un soponcio.

—Seguro que no se te ha olvidado, venga.

—El cura me puso Torcuato, pero luego se fue liando la cosa y...

El maestro sigue serio como una patata, aunque nosotros nos retorremos de la risa. De verdad, si va a ser todo el curso así, no falta ni un día. ¡Ostras, y yo que pensaba que iba a ser un rollo!

—Muy bien, Torcuato. No necesito que me expliques más.

Pero él hace como que no ha oído; y nosotros, de mientras, venga a reírnos sin parar. Es que es oír Torcuato y...

—De Torcuato vino Tor; de Tor, Tormenta; de Tormenta, Nublao, y... Eso, lo que le decía.

—Yo soy Pedro —interviene Píter—, pero como una vez vino un tío mío de Londres, me empezaron estos a llamar Píter. Y así me he quedado, con Píter. No me importa, me gusta. Si usted quiere, también puede...

—Y por último tú —le corta el maestro—. ¿Cómo te llamas?

Yo respondo en su lugar:

—No habla.

El profe me mira como si hubiese dicho una barbaridad.

—Ya sé que no habla —dice—, pero vamos a darle una oportunidad. Igual que a los demás, ¿no?

Pues si sabe que no habla no sé para qué le pregunta. Es como si yo voy a la tienda de abajo y le digo al Cosme que a cómo están los garbanzos. Ya puedo darle las oportunidades que quiera que, si no oye, no oye.

—No se moleste. No habla. No ha dicho una palabra en su vida.

—¡¡Mentira!! Su madre le dijo a la mía que, de más pequeña, hablaba mucho, pero un día como que se secó y ya no habló más.

–Muy bien, guapa, siéntate.

–Se llama Ana –digo por ayudar–, pero la llamamos la Muda por eso de que no habla.

El maestro no comenta nada. Qué hombre más... distinto, oye.

–Así que sois nueve: Francisco, Sandra, el otro Francisco, Mohamed, Roque, Ana, Pedro, Torcuato y Mercedes.

Nosotros, como si hubiese nombrado a unos primos suyos de Albacete. Vamos, quietos-paraos como cadáveres, completamente muertos.

–No me gustan los apodos –nos aclara, por si no nos habíamos enterado–. Si tenemos un nombre es para utilizarlo.

Nosotros no insistimos; ya irá dándose cuenta.

Para cuando salimos al recreo, él mismo tiene ya un mote.

Más tarde se acerca mi madre al patio y le pregunta a mi hermana:

–¿Qué tal, hija? ¿Qué tal con el *maestrín*?

Así que ya puede llamarse Alex o Agapito, que en este pueblo será el Maestrín.

## EL ENTORNO

Pastoril de Abajo es un pueblo especial por muchas cosas.

Para empezar, ¿por qué se llama «de Abajo»? Pues porque cuenta la leyenda que una vez, hace siglos, hubo un Pastoril de Arriba, pero que no se sabe cómo ni por qué desapareció. «Se lo tragó la tierra», dicen los yayos, con gente dentro y todo. Desde entonces solo hay un Pastoril, pero nadie quiso quitarle «de Abajo» para que nunca se nos olvidase lo del otro pueblo.

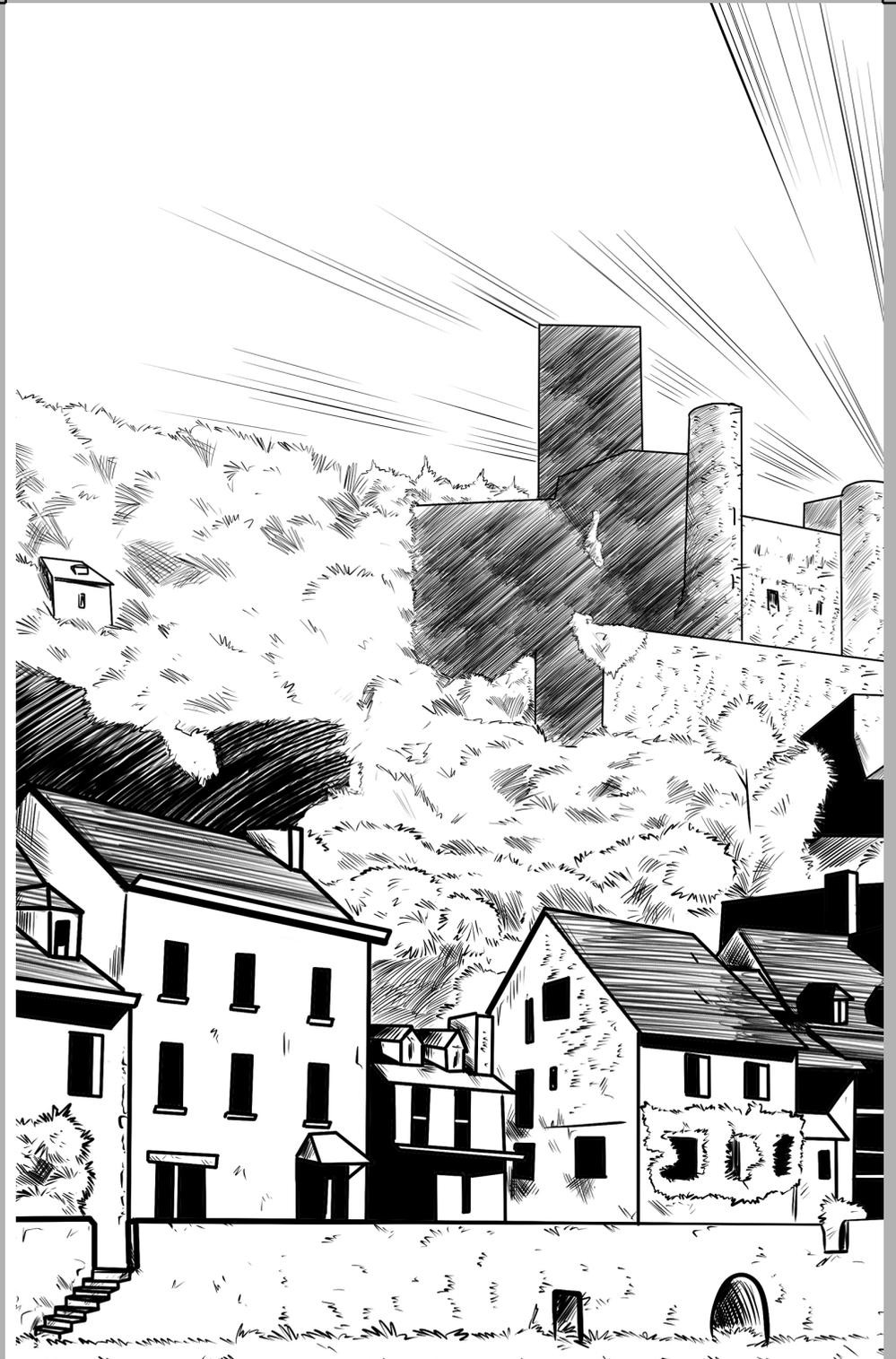
Pero, vamos, que yo no me lo creo ni un poco siquiera, porque un pueblo no desaparece así como así; y, además, estas historias que van pasando de unas generaciones a otras se van transformando, como cuando jugamos a los disparates, que el primero dice: «Esta tarde vamos a echar un FIFA a casa del Franchute porque llueve y no se puede salir» y el último te

suelta: «Es ya tarde y el Franchute de la FIFA no puede salir porque llueve». Pues eso, que con las leyendas pasa lo mismo: van deformándose con el tiempo y, al final, se cuentan cosas que no tienen nada que ver con la realidad.

Lo mejor de Pastoril (de Abajo) es el castillo que tiene en lo alto. Es de la época de..., bueno, de una época de hace mucho, de cuando no había coches ni aviones ni nada de eso y estaban las personas solas y se tenían que apañar como podían. Dice el alcalde que lo construyeron para defenderse, pero yo creo que fue por puro aburrimiento porque, si no se había inventado el FIFA ni Internet ni los móviles ni nada, ya me contarás qué hacían aquí. A lo mejor ni siquiera se habían inventado las ovejas, que fue lo que le dio más tarde el nombre al pueblo, porque la mayoría de los habitantes eran pastores. Vamos, tampoco se estrujaron mucho la cabeza para bautizar al pueblo. Digo yo que se lo podían haber currado un poco más.

A lo que vamos: que si no había nada de nada, los habitantes de entonces pensarían: «Vamos a hacernos un castillo para matar el tiempo». Si luego mataron otras cosas, como gente, por ejemplo, también puede ser, pero su construcción surgió de ahí. Fijo.

El castillo, que se llama Castillo de Pastoril de Arriba, en recuerdo del pueblo que desapareció, es lo



que atrae a los turistas porque, por lo demás, es un sitio con sus casas, su río –que se llama Ranero, ya que tiene muchas ranas–, su puente y... En fin, lo que viene a ser un pueblo, rodeado de montañas y eso. Sin más.

A veces vienen autobuses enteros para ver el castillo. Han venido hasta japoneses a hacerle fotos y fotos, de lo maravilloso que les parece. Sin embargo, los de aquí no le hacemos ni caso; lo tenemos allí, en lo alto de la peña, y ni lo miramos. Como ya estaba ahí cuando nacimos, no nos ilusiona.

Por lo demás, es un pueblo en el que casi nunca pasa nada especial. Por eso, cuando hay alguna novedad para nosotros es todo un acontecimiento, que es lo que ha pasado con la jubilación de doña Fernanda y la llegada del maestro nuevo. Si tuviéramos periódico, sería portada durante muchos días, y más todavía siendo él como es y viniendo con las intenciones con las que viene.

Para empezar, es serio, no se ríe, a veces se le tuerce la boca hacia un lado, como si quisiera sonreír una gota; pero qué va, se lo aguanta, y te quedas con las ganas. Yo creo que este hombre no ha echado una carcajada en su vida, y eso no puede ser bueno para la salud.

Los días que tenemos clase por la tarde se queda a comer en el bar de Ramón, y mientras come escribe en la tableta. Yo creo que lo que hace es pensar cosas que nos puede enseñar. Porque esa es otra: quiere enseñar-

nos. Ya sé que para eso es maestro (uno que no sea doña Fernanda). Es normal, pero es que este no quiere que aprendamos las cosas de los libros, quiere que aprendamos lo que no viene en ellos, que eso es un caso que no se ha oído nunca, vamos. Como dice el Nublao: «Cualquier día se lo llevan a un programa de esos de la tele de cosas de otros planetas».

–Pues ¿para qué compramos los libros? –dice mi padre–. ¡Como si los regalasen! Con el dineral que nos han costado...

Hombre, sí que es verdad que de vez en cuando nos cuele problemas de Matemáticas o cosas de Lengua, pero lo hace sin querer, sin que nos demos cuenta. Por ejemplo, no nos dice: «Pepito tiene que colocar diez cajas de manzanas en tres estanterías. Si cada caja tiene treinta melocotones, ¿a cómo está el kilo de naranjas?». Me lo acabo de inventar, no lo he sacado de ningún libro. Es un ejemplo de lo que no hace. Él va y dice: «A ver, Francisco, vete colocando los libros de lectura que nos han traído. Quiero que quepan todos en estas tres baldas. Mira a ver cuántos tienes que poner en cada una, de modo que todas tengan el mismo número de libros. Pedro te va a echar una mano».

Y... ¡zas! Ya te la coló, ya te encasquetó un problema sin enterarte, ya tiene a los dos de cuarto colocando y dividiendo a la vez. ¡Y sin abrir el libro de Matemáticas!

Por ejemplo, Sociales lo damos en la calle porque dice: «De poco me vale que sepáis lo que es un *meandro* si no lo sabéis reconocer».

Y ahí fue cuando nos reímos hasta ponernos morados porque el Nublao comentó:

–Yo sí que lo sé, porque ahora mismo me estoy *meandro* mucho y tengo que ir al *meódromo* con urgencia.

También salimos a la calle para estudiar los tipos de rocas, y eso que yo soy el único que hay de sexto. Aunque a eso dice que no le importa, que cada uno aprende lo que puede según sus años. También dice que todas las cosas que vienen en los libros las vamos a dar muchas más veces en otros cursos, porque lo importante de la vida, que son los valores, es lo que hay que aprender cuanto antes.

Cuando dijo esto último, yo me puse a aplaudir como un loco.

–Muy bien, Roque, veo que el tema te interesa. Dínos por qué son tan importantes para ti los valores.

–¿Cuál? ¡Ah! No... Es que yo había entendido «los balones».

Bueno, pues que hable más alto, que a veces parece un agente secreto en misión especial de tan bajo que dice las cosas.

–Si es que no puede rendir este *maestrín* –dice la mujer de Ramón, el del bar–. Está muy flaco; no me come

nada este chico. Y ya le digo yo que «no hay mejor espejo que la carne sobre el hueso», pero no me hace caso; es poco obediente.

–Es muy suyo –responde mi madre como si hubiese descubierto la pólvora; porque, vamos, ¿de quién va a ser?

–Pero parece que los niños van contentos a la escuela...

Eso lo dice el alcalde, así, como sospechando, como dando a entender que algo muy raro debe tener el maestro para lograr que vayamos contentos al cole, porque hay que comprender que doña Fernanda llevaba aquí de profesora desde hacía cuarenta años. Yo creo que ya estaba ahí plantada cuando construyeron la escuela y fue creciendo por dentro, como un árbol. Todo el mundo estaba esperando a ver a quién nos mandaban porque, viniera quien viniese, iba a ser el blanco de todos los chismorreos de Pastoril de Abajo durante bastante tiempo, y no por parte de los estudiantes, sino por el resto del pueblo: «¿Estará casado? ¿Tendrá hijos? ¿Vivirá con los padres? ¿Tendrá novia? Viste muy moderno. No, viste muy serio. No, viste todos los días como de domingo. Eso es que es muy remilgado, porque hasta el coche lo trae impecable. Yo creo que es nuevo; lo habrá comprado con el sueldo de maestro, que lo pagamos nosotros, claro. No,

no, es un coche de segunda mano, por la matrícula. Y viene con ordenador y todo. Pero si le ha dicho al alcalde que quiere poner ordenadores en la escuela. ¡Ordenadores en la escuela! Pero ¿dónde pensará que está?...».

En fin, que no nos gusta criticar, pero... ocasiones como esta no hay muchas por aquí.

Claro que la culpa la tiene él, porque es como los táperes que congela mi madre: hermético y frío; aunque lo de dentro es bueno, eso sí que es verdad. En el caso de los táperes no te llevas sorpresas, porque ella siempre les pone una etiqueta que parece una novela de aventuras: «Croquetas de pollo de corral que nos dio Manuela, la de las Eras, el día de la fiesta de Villamayor», «Albóndigas que hice con la salsa de los tomates de este año. Ya tienen sal, pero hay que darles un hervor antes de servir porque las dejé poco hechas», «Pechugas de compra. Están empanadas con ajo y perejil. Hay que ponerles una gotita de picante antes de freír porque hoy no tengo, pero mañana ya lo compro», «Judías, de las menuditas, pero que son muy tiernas. Falta la patata, la zanahoria y rehogar. Si ha venido el pescadero añadirle unas almejas babosas y, si no, hervir un chorizo aparte y añadirlo después, al servir, que queda muy bien». Hay trilogías más cortas, sí, pero lo que no puedes decir es que falten datos. Es

verdad que a veces se confunde y pone la etiqueta en el táper que no era, y te llevas un sobresalto, porque no sabes lo que hay hasta que se descongela. Pero, claro, las personas no vienen con etiquetas. Aunque eso se remedia fácil: se le pone una imaginaria, una que diga: «Persona fría, seria y rara de narices. Por dentro no sabemos cómo es porque no se deja».

¿Que a veces aciertas? Sí. ¿Que te puedes equivocar? También.